

Clarence J. GLACKEN. *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 1996.

La definición más amplia de la temática de *Huellas en la playa de Rodas* es la de una historia del pensamiento geográfico. La excelente presentación que del autor nos ofrece Horacio Capel en esta edición en castellano, hace innecesario abundar aquí sobre su biografía académica. Digamos, eso sí, que lo que originalmente quiso ser un mero estudio introductorio para una tesis doctoral acerca de “las ideas sobre el mundo habitable” desde el XVIII hasta la actualidad, se convirtió en un tratado dedicado enteramente al amplio período que cubre desde la antigüedad hasta, precisamente, finales del XVIII. Pero la obra demuestra que esa frustración de la continuidad programada en un principio, está más que justificada. En primer lugar, ciertamente nos convence de la inmensa relevancia de la más temprana historia del pensamiento occidental sobre la naturaleza para el desarrollo de los debates y paradigmas propios de las ciencias, tanto naturales como sociales. Por otro lado, como el mismo Glacken postula, el análisis global deja ver que un ejercicio similar sobre el pensamiento posterior requeriría de una aproximación muy distinta.

Reconociendo reiteradamente la dificultad de un tratamiento cronológico adecuado, Glacken opta por presentar las ideas analizadas bajo un orden temporal convencional que distingue cuatro grandes períodos: el mundo antiguo, la edad media cristiana, los comienzos de la edad moderna y el siglo XVIII. Sus materiales de trabajo van definiendo cada período y son la base misma de su argumentación. Resumiendo y citando a una amplia selección de autores representativos, Glacken busca detectar las respuestas dadas a tres problemas concretos: (1) la comprensión de los fenómenos naturales como expresiones de propósitos o designios; (2) la naturaleza como agente condicionante de la cultura y del carácter humano; (3) la actividad humana como proceso modificador del medio ambiente natural.

Ahora bien, en ningún momento pretende el autor que haya un solo conjunto de respuestas o debates que ofrezcan un paisaje ideológico homogéneo para cada período. Con la humildad del erudito, insiste en que no hay una sola perspectiva que caracterice cada uno de los momentos y tradiciones históricas consideradas”: Pero en ninguna época una sola idea domina a todas las demás. A partir de unidades de consenso general, surgen alternativas. Ninguna edad es tan monolítica o tan intelectualmente disciplinada que

pierda la capacidad de acariciar ideas más antiguas o considerar otras nuevas. Aquello que una época posee intelectualmente tiene una cierta condición museística, como las obras de autores prolíficos y longevos... Ideas distintas y a menudo discordantes se conservan sin que una desplace necesariamente a la otra” (p. 250).

Demostrarlo sea, tal vez, el mérito principal de esta obra. Su ordenada recopilación de argumentos despierta cierto asombro ante la diversidad de argumentaciones posibles, de combinaciones de supuestos, de confrontaciones y afinidades lógicas. Como en una película de Rohmer, es frecuente que los autores hablen para contradecirse. Tiene, por tanto, la virtud de negarnos la comodidad del paradigma como recurso fácil.

Sin duda, de los tres problemas centrales que nos propone Glacken, es el primero el que más atención recibe; y sobre esta dimensión la obra se convierte en una historia del pensamiento científico. La relación no es evidente porque el origen y los siglos de evolución del pensamiento teleológico occidental se rigen por una motivación esencialmente religiosa (aunque resulte incómoda tal adjetivación sin una definición previa del término). La reflexión sobre los fenómenos naturales parece expresarse originariamente en función de una percepción de orden ligada a una concepción teológica del mismo. La perfección percibida solo puede responder a un plan inteligente, a un acto de creación, a “causas finales” que bien comprenden al hombre, o bien lo asumen como colaborador, o bien se ven perturbadas por la acción humana. Tras la observación de la naturaleza como una serie de fenómenos con propósito, subyace la idea del “designio”, con argumentos que, desde Jenofonte, se repiten continuamente tanto en la teología natural como en la reflexión secular (en concreto: la evidencia fisiológica, el orden cósmico y la idoneidad de la naturaleza para la existencia humana). Incluso los argumentos que desde la antigüedad clásica se nos presentaban para negar la idea del designio, serán utilizados por los primeros teóricos del cristianismo. Así, por ejemplo, el énfasis en las imperfecciones y dificultades propias del mundo natural podrá ser interpretado a la luz del castigo que ha merecido la humanidad tras la Caída en el pecado original. Pero según el análisis de Glacken, la evolución del pensamiento cristiano seguirá primordialmente la vía del énfasis y admiración por el orden natural observado. Si bien es una constante la insistencia en no confundir la obra con su creador, y a pesar de las fuertes tendencias ascéticas del primer cristianismo, lo creado ha de leerse como símbolo de la grandeza y de los designios divinos dada la necesidad de presentar pruebas fisicoteológicas de la existencia de Dios.

¿Cómo entonces se convierte la físico-teología en pensamiento científico? ¿Cuál es su relación con la historia natural? Por una parte, Glacken argumenta que como principio teleológico, su permanencia hasta nuestros días es evidente (al respecto, se echa de menos la referencia expresa al “funcionalismo”). Aun más, nos advierte que antes del XVIII, sitúándonos aún en pleno desarrollo de la fisicoteología, resulta impropio plantear un conflicto entre el pensamiento religioso y científico. Pero también es cierto que, progresivamente, se va contraponiendo el análisis de las causas finales al análisis de las causas segundas o suficientes. En cierto sentido, ello se asocia, respectivamente, a una perspectiva organicista de la naturaleza contrapuesta a una perspectiva mecanicista. Pero esta asociación no es exacta ni simple, porque desde un mismo énfasis en las causas segundas, se manifiesta tanto el interés por la aplicación práctica de la ciencia como el interés puramente teórico que, aún fiel a la inspiración de la teología natural, simplemente rechaza el argumento de las causas finales como método para el desarrollo de una historia natural. Y una vez se descarta el argumento del designio en el análisis de la historia natural, lo que queda es alguna modalidad de teoría de adaptación al medio que nos lleva a las otras preguntas claves que dirigen su investigación.

En su presentación de la concepción histórica de la influencia del medio ambiente sobre el hombre, Glacken resalta el peso del primer pensamiento hipocrático en las reiterativas teorías climáticas que caracterizan la literatura sobre el tema, culminando, en pleno siglo XVIII, con Montesquieu. Especial atención merece su capítulo dedicado expresamente a la perspectiva malthusiana, presentada como un nuevo paradigma que conceptualiza el medio ambiente como conjunto de recursos limitados, como un “espacio cerrado” y finito (“Desde Malthus, el pensamiento occidental no ha vuelto a ser el de antes... el mundo se convirtió en un perpetuo reto a la humanidad”, p. 589). Pero si bien dedica un apartado a las críticas de Godwin, da la impresión de sobrevalorar, en cierta medida, los méritos científicos del pensamiento malthusiano al ocultar el contexto y la motivación política de las ideas de Malthus. Finalmente, cabe elogiar el tratamiento de Glacken del pensamiento relativo a la influencia de las actividades humanas sobre el medio ambiente en cuanto busca detectar la constatación de esta influencia no sólo en función de la innovación y difusión tecnológica, sino partiendo de la conceptualización del hombre como agente geográfico.

No obstante, a la luz de los más recientes estudios sobre pensamiento medioambiental, procede advertir sobre algunos matices y carencias de Huellas en la playa de Rodas. Tratando con autores y obras clásicas de cada

período histórico, estamos ante el pensamiento docto por excelencia. No dudamos de la representatividad de la selección de textos, pero el método de Glacken no permite confirmar hasta qué punto las perspectivas recogidas fueron también compartidas y vividas cotidianamente por la gente ordinaria. Cómo no, Glacken admite que en su estudio se ocupa solo de las actitudes o ideas hacia el medio ambiente, y no de las prácticas sociales en su contexto medioambiental. Y lo cierto es que llega a abordar directamente algunos de los temas más sonados en la “historia del medio ambiente” o “historia económico-ecológica”. Pero aún así, no hay una lectura de los discursos que permita relacionar las perspectivas, el mundo de las ideas, con la estructura social en las que se generan. Lo dicho se evidencia especialmente en el capítulo dedicado al significado concedido a la acción del hombre sobre el medio ambiente durante la Edad Media. Su aguda ilustración de la concepción de esa capacidad humana de modificación del medio como una gracia divina, como un ejercicio de colaboración con Dios en la perfección de su creación, no es relacionado con los conflictos medioambientales y estamentales propios de la época. Asimismo, uno se pregunta sobre las implicaciones sociales más amplias de la reivindicación del trabajo manual desde el pensamiento cristiano monacal. Y de hecho, cuando Glacken deja a un lado el análisis de los textos religiosos para referirse principalmente a las leyes y costumbres que limitan la explotación forestal, se rompe toda continuidad con sus argumentos previos sobre el mismo período: “Es verdad que derechos y usos pueden haber tenido un último fundamento religioso, pero la razón inmediata de su existencia fueron las necesidades y exigencias de la vida cotidiana... Fueron esencialmente observaciones seculares y empíricas; las ideas religiosas del hombre como socio de Dios en la remodelación de la tierra estaban siempre en el fondo de la escena, pero eran demasiado librescas y demasiado abstractas y generales para ser aplicadas a las situaciones cotidianas” (p. 309).

Pero si bien nos ofrece extensas referencias sobre los usos de los bosques y detalla casos particulares de normativas y derechos que regulan su explotación, no intenta explicar los conflictos de intereses subyacentes, limitándose a reconocer un interés por el cambio confrontado a un interés por la conservación e insistiendo en el carácter local y coyuntural de las posiciones al respecto. Tratamientos como éste nos deja con una sensación de erudición francamente ingenua, si no superficial, al menos desde un punto de vista sociológico. No obstante, puede que responda a un posicionamiento teórico expreso del autor: “Creo que Kant tenía razón en el tema de la relación hombre/tierra, al decir que la explicación teleológica no se sostiene. El cambio medioambiental es consecuencia de actos humanos caprichosos y de una gran diversidad de motivos. Lo que el hombre crea sobre la superficie de la

tierra, las líneas, cuadrados, contornos, terrenos nivelados, trincheras no resultan de la evolución social como un todo, sino de diferentes episodios culturales” (p. 508).

Y así como esta historia del pensamiento medioambiental de Glacken nos refiere al mundo de las ideas de los sabios, debo decir que es también, y por tanto, un mundo de las ideas masculino. Como era de esperar, no hay en las 700 páginas del texto ni una sola referencia a la mujer, ni a diferencias de género. Digamos en su defensa lo evidente: así como su historia ilustra el efecto acumulativo del pensamiento “sobre hombros de gigantes”, así también las carencias hoy notables se translucen de una literatura más reciente que ha necesitado de gigantes como Glacken.

Carmen LAMELA VIERA

Juan Manuel IRANZO, Rubén BLANCO et al. (Coord.): *Sociología de la Ciencia y la Tecnología*. Madrid. CSIC, 1995. Y S. WOOLGAR y B. LATOUR: *La vida en el laboratorio*. Madrid. Alianza ed. 1995

Nos encontramos en primer lugar ante una obra de compilación: la mayoría de los artículos recogidos en ella, o bien son trabajos inéditos, o bien no estaban hasta la fecha disponibles en versión castellana. Al lector desprevenido pudiera parecerle obvia, a la luz del título, la existencia de un “objeto” de estudio común, un referente analítico que delimitaría el ámbito de competencia de cierta disciplina o subdisciplina sociológica: el “objeto” Ciencia. Hay que descartar desde un principio esta idea sin embarazo ni concesiones, como paso previo para la clarificación de los contenidos distintivos de los Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología (ESCT). Dicha presuposición entraría de lleno en uno de los frentes de batalla que desde sus inicios, en los años setenta, tiene por escenario a dicho campo.

Y ello es así porque, tras el concepto mismo de Ciencia, se oculta una de los paisajes más insospechadamente enmarañados de entre los que en las ciencias sociales pueblan su permanente búsqueda de anclajes epistemológicos. Circula un dicho apócrifo según el cual los bioquímicos hablan de quí-